

ELOGIO Y CENSURA DE MERIMÉE EN SU CENTENARIO

Por CARLOS GARCÍA FERNÁNDEZ

En el año que ha terminado se cumplieron cien, de la muerte de este escritor. Hace poco, con motivo del centenario de unos ilustres comediógrafos sevillanos, un periodista llamaba inoportuna a la celebración. Lo inoportuno, según el diccionario de la Academia, es en su primera acepción lo que está fuera de tiempo y el centenario que se va a celebrar podrá ser todo menos inoportuno. Lo mismo sucede con el del escritor francés.

De todos los viajeros románticos que visitaron España en el siglo XIX —Borrow, Fort, Gautier, Quinet, Dumas y Edmundo de Amicis— el más importante y simpático es Próspero Merimée, porque estuvo compenetrado con nuestro país.

Hizo varios viajes a España y tuvo íntima amistad con aquella ilustre dama malagueña, Doña María Manuel Kirpatrik, Condesa del Montijo y madre de la Duquesa de Alba y de la bella y desdichada emperatriz de los franceses, Eugenia, que tan caros pagó sus días felices. Fue siempre leal hacia Eugenia del Montijo, a la que conocía desde niña y cuya belleza sorprendió en sus comienzos.

Avido de color local, supo recogerlo de manera insuperable en sus obras, encontrando las virtudes de una raza que no podía declinar y los misterios de unas almas, a veces incomprendidas, sabiendo hablar de unas y otras con acento sincero y acertado.

No es cierto que los españoles nos enfadamos cuando se habla poéticamente de nosotros, como nos achacó Gautier. Por el contrario, sabemos disculpar el error histórico y la

visión exótica cuando están llevados a cabo con arte y entusiasmo.

Don Próspero no se libró de errores y exageraciones, pero su intención era siempre limpia y noble y creó personajes y escenas imperecederas, que han hecho volver los ojos hacia lo español a muchos indiferentes. Por ello le debemos la más encendida gratitud.

I.—MAÑARA.

Su máximo error fue el querer hacer de Miguel de Mañara el precedente de Don Juan Tenorio.

Ciertamente este error tuvo consecuencias graves, porque al ser Merimée el primero de los autores franceses que vinieron a España a mediados del siglo pasado, ocurrió que lo marcado por él, como veremos de nuevo más adelante, sirvió de base a los posteriores. Así Teófilo Gautier y Dumas, siguieron muchas veces sus opiniones y noticias y en este punto de la confusión Mañara-Don Juan no sólo ellos, sino muchos otros posteriormente le creyeron, llegándose a crear por autores nacionales una confusión que es indudable flota en el ambiente.

No hay la menor posibilidad de sostener tan grande error, como dice Sebastián y Bandarán. Notables escritores y eminentes críticos «han probado ya hasta la saciedad, la falsedad de tales afirmaciones, que hoy ninguna persona sería acepta». Argumenta sobre la vida, el casamiento y la lección maravillosa de su piedad, que descartan toda similitud entre el reformador de la Santa Caridad y ese Burlador de Sevilla que es ya en Tirso, una continuación de la vieja historia que se remonta al principio del siglo XV del libertino y la calavera. La cronología hace imposible que se piense en que este Burlador a quien Tirso condena al fuego eterno en su obra y al que Zorrilla, siglos después salva con las oraciones de Doña Inés, fuera inspirado en Mañara.

El propio día que se celebró el tricentenario de los rosales, en aquella bellísima fiesta, tras los argumentos antes mencionados de Sebastián y Bandarán, habló también Rof

Carballo en contra de la falsa leyenda, pero dejando ver que algunos de estos escritores, del epitafio en que se considera *el peor hombre del mundo*, llegarían alegremente a pensar que, por un razonamiento lógico, este peor hombre había sido Don Juan.

No nos atrevemos a hablar de Mañara, siempre bueno y que en perfección fue alejándose poco a poco de las vanidades del mundo, siendo la última aquel caballo que le retiró un Angel para quitarle «el último goce mundano que disfrutaba», como dijo Manuel Halcón en el acto a que ante nos hemos referido.

Sin embargo, no vemos maldad en este error, sino un romántico exceso en la busca de lo exótico y sin que seamos de los que dicen que la confusión ha venido a dar más vigor a la figura de Don Miguel, creemos que a un extranjero amante de lo español, que tenía mentalidad española, según Ramiro de Maeztu, debe de perdonársele.

II.—CARMEN.

La novela «Carmen» ha sido muy poco leída, el público la conoce por la ópera de Bicot que se estrenó en París, muerto ya Marimée, en 1875, con éxito menor al que el músico esperaba. Esta desproporción entre su deseo y lo logrado le amargó sus últimos días, hasta el extremo de haberse llegado a decir, con notoria exageración, que en el fracaso tuvo la causa de su muerte.

Sin embargo, años después la popularidad de la ópera va en aumento llegando a ser conocido de todos y en el mundo entero es hasta un símbolo de lo español o si se quiere mejor de la españolada.

Esta música de Carmen es la que ha llevado y traído a Sevilla, así nos decía hace poco Piérre Gazotte que al oírla volvía ante él nuestra ciudad con todo su encanto añadiendo «Bicot me hace ver de nuevo el paseillo, el gentío y al muy solemne presidente». Ha servido esta música y servirá por muchos años para una evocación torera, para una españolada a la que no debemos temer.

Novelas, películas y hasta una muy feliz que se hizo hace poco más de diez años en los Estados Unidos con la misma música y el mismo fondo temático. Allí no eran gitanos, sino negros los personajes que siguen el camino trágico de la novela.

Que frecuente es creer que se trata de un idilio andaluz, y sin embargo, Don José el Cabo era navarro y ella lo finge para seducirlo. No es un diálogo andaluz con eses y zetas, más o menos pronunciadas, no, ya veremos que se desarrolla en la vieja lengua de los vascos.

Por eso decimos la novela auténtica, esa novela que señala Baroja es un modelo de precisión, que en su brevedad crea una estampa que ha de perdurar para siempre, ha tenido pocos lectores. Así Carmen ha ido por el mundo al son de la música, pero no apoyada en la prosa exacta y llena de vida de nuestro autor.

Carmen no era totalmente gitana, su sangre tenía esa mezcla que tanto resultado da en el temperamento y que es tan frecuente en Andalucía. Esta hipótesis es la más probable.

Llegamos al momento en que Carmen pasa ante el cuerpo de guardia. De ella parte la iniciativa, se dirige a Don José y le pide la cadena. El responde: —Si es para llevar la aguja. ¡Hola, hola! el señorito será primoroso en labores, puesto que gasta agujas!

Todos rieron —«a mí se me subió el pavo» y no sabía qué decir.

El momento era para azorar. La bellísima Carmen, con «una falda encarnada, muy corta, que dejaba ver unas medias de seda blancas, con más de un agujero y unos monísimos zapaticos de tafilete rojo atados con cintas de color de fuego». La propia Carmen que venía «alzándose la mantilla para que se le viese la garganta y un ramo de acacias que le salía del pecho» le arrojó una flor que llevaba en la comisura de los labios. Se contoneaba «sobre las caderas como una yegua joven del potrero de Córdoba» y al arrojársela exclamó: —«Hazme siete varas de encaje negro a punto de aguja, para una mantilla, chaval de mi corazón!»

Le dio la flor en la frente —«me hizo el mismo efecto que si me hubiera tocado una bala».

Pobre Lizarrabengoa, estaba ya perdido, le quedaba ya sólo cubrir uno a uno los trámites dulces y amargos de su trágico expediente, pero aquella flor arrojada sobre él fue la sentencia que años después pusieron en limpio sus jueces.

Recogida la flor a hurtadillas de sus compañeros, entre gozoso y avergonzado el Cabo de guardia pensaba aún en el lance dos o tres horas después, cuando el portero vino pidiendo al Sargento unos números para que interviniesen en una pelea que en el salón grande —el de los puros— había tenido lugar. Este salón es el que pintó Gonzalo Bilbao en el más bello cuadro moderno que figura en nuestro Museo.

El portero, exagerando como buen andaluz, hablaba de una mujer asesinada. El Sargento delega en el Cabo navarro y en dos números. Vociferan trescientas mujeres en camisa armando enorme barullo, la herida pedía confesión a grandes voces y hete aquí que la agresora era la misma de la puerta pero ahora no tiraba flores, había utilizado la navaja de cortar las puntas de los cigarros para «pintando en la cara de una compañera varias cruces de San Andrés», poner fin a un duro diálogo que en la realidad sería bastante más fuerte que el chispeante de ingenio que el escritor francés reproduce.

Nuestro Cabo tiene que llevar a la cárcel a la gitana agresora, imagináos su emoción y su amargura, ya que la sana intención del muchacho excluye todo inconfesable goce sádico en esta conducción a la que podemos calificar de extraordinaria.

En calle Sierpes, la calle cantada por todos estos viajeros, tiene lugar la escena más intensa, en la que ya el sentido del deber del soldado sufre su claudicación inicial. Quien no diera la cadenilla pedida unas horas antes, se presta a simular un empujón, una caída y dejar que Carmen «salga de naja». Para ello han bastado unas palabras en vascuence y que ella le dijera que era navarra.

—«Nuestra lengua es tan hermosa, que cuando la oimos en país extraño nos hace estremecer». Y así, oirla decir que era

de Echalar, el pueblo de las célebres palomeras, y elogiar las Provincias, fue sobrado.

El plan se urdió hablando esta lengua que no entendían los dos soldados que venían a sus órdenes. Sin embargo, la escena del empujón fue torpe y el complaciente Cabo sufrió arresto.

Después vino el declive. Por celos mata a un oficial en la calle Candilejo, donde tuvieron lugar antes de este trágico desenlace las más intensas escenas de amor. Ella le llamaba ya Pepillo y se le ofrecía: —«tú eres mi ron y yo soy tu romí».

El autor busca la calle Candilejo, aprovechando la ocasión para aludir a Pedro I, al que, como otros, llama Justiciero y no Cruel, lleno de interés por la gloriosa vida cercenada de este rey castellano, al que sin gran acierto dedicó una biografía.

Don José se echa al monte y allí de bandolero, pregonada su cabeza, en la altiplanicie que llama de Cachena le encuentra por primera vez Don Próspero, y más tarde, tras una coincidencia en Córdoba y otra en las proximidades de Carmona, ya en capilla después de haber matado a la gitana, le cuenta su historia con terrible laconismo.

Esta es la novela, convencional, incluso melodramática, más con ese vigor que da vida y hace definitivas a las verdaderas obras de arte.

III.—LOS TOROS.

Azorín se pregunta en uno de sus libros si realmente le atraían los toros a Merimée cuando en sus cartas a Estébanez Calderón le preguntaba por la Tartaja.

Para nuestro pulcro prosista, que ha sabido recoger como nadie el hidalgo sentido del decoro, le resulta todo esto indecente, un bajo menester de juglaría.

Sin embargo, su lealtad le obliga a reconocer que Merimée sentiría la atracción de esta fiesta de energía y aspereza.

La carta de otoño de 1830 explica cuanto se relaciona con las corridas, desde el cuidado que el ganadero dedica a sus reses hasta la lidia en plena plaza. Más tarde, Teófilo Gautier,

en su novela «La Maja y el Torero», describe la fiesta siguiendo los pormenores que aparecen en ella. Creemos que Gautier se guió más de lo leído en esta carta que de lo realmente visto, porque nos explica de modo idéntico el papel que juegan chulos, picadores, banderilleros y espadas. También le sorprende el estrafalario indumento de los alguacillos que llaman de Crispín o de familiar del Santo Oficio. En la sala de toreros uno y otro se fijan en los mismos detalles: la Virgen, el braserillo para los cigarros, la inquietud de los toreros...

Admira a Sevilla, el picador, al que llama el Mario de la tauromaquia, a Montes le considera el César de ella.

En un artículo publicado en el número de «ABC» de Madrid del domingo de Resurrección de 1945 tratábamos este tema bajo el título «Azorín, los toros y Merimée» y llegábamos a la conclusión de que no sólo le gustó al escritor francés nuestra fiesta, sino la gracia, equívoca y ajamonada, de la Tartaja y de Pepa la banderillera. Estas mujeres toreras que luchaban en aquellos días con unos toros de una fiereza casi olvidada.

IV.—COSTUMBRES.

Las costumbres españolas le gustan, pero no obstante haberse movido en un ambiente aristocrático, prefiere las del pueblo.

Coincide en ello con Borrow, gran admirador del pueblo español en todo momento.

Señala Merimée algo interesante que atribuye a la nobleza del pueblo español. Un día ve que los Miqueletes llevan unos presos y observa que la gente los mira con respeto, por contraste con lo que ha visto en otros países y en el suyo propio, donde siempre son mirados con desprecio y a veces públicamente denostados.

Lo atribuye, sí, a la nobleza del pueblo español, pero también a que en España entonces abundaban los presos políticos y al verlos conducidos la gente no sabía si eran malhechores o no.

Este es nuestro autor, con errores, con aciertos, pero siempre viendo a España con cariño y a sus hombres y sus cosas y admirando sus monumentos y su paisaje.

Por ello, queremos recordarle a los cien años de su muerte.

(*) Leído en la sesión ordinaria del día 30 de abril de 1971.